

## INTRODUCCIÓN A LA DIALÉCTICA KANTIANA

---

### EL ENTENDIMIENTO, SOL

El universo de Newton, de perfección racionalista, tenía una estructura inteligible, matemática. Kant aceptó el universo de Newton, sin aceptar su ingenuo dogmatismo. Por eso convirtió el espacio y el tiempo absolutos de Newton en formas de los sentidos. E hizo, del orden mecánico de la naturaleza, un orden de la inteligencia.

Por el poder formal de la sensibilidad y del entendimiento le nace al mundo una estructura matemática. En eso consiste el copernicanismo de Kant, tan alabado y tan discutido: el espíritu es una especie de sol que establece en su contorno un orden sistemático, que se rodea de una cintura cósmica. Pero, con su teoría del entendimiento, Kant limitó el alcance de la ciencia natural. La ciencia no se ocupaba, entonces, de estudiar objetos reales, sino de objetos aparentes. La filosofía kantiana estableció, de tal manera, una odiosa uniformidad en el error. Sacrificó la verdad, pero salvando las dos cualidades que, para un racionalista de corazón como él, eran las más preciosas: la necesidad y la universalidad del conocimiento.

La bien urdida fábrica del conocer intelectual, del saber científico, reposa, sin embargo, en la evidencia sensible. Tiene en ella el centro justo y preciso. Es de la intuición sensible de donde saca su certeza y seguridad. Pero, el atenerse necesario a los sentidos trae largas complicaciones para la metafísica.

El entendimiento no puede librarse, sin caer en espejismos, del riguroso contacto con la experiencia, del peso vivo de la experiencia. Porque la seguridad científica se funda, precisamente,

en la alianza entre sensibilidad y entendimiento : las leyes del entendimiento son sólo leyes de la experiencia posible. Por eso el entendimiento tiene pies de plomo.

Pero la experiencia no nos entrega sino perspectivas limitadas. Se detiene en la breve esfera de los fenómenos. Más allá, se extiende la ancha y libre esfera del nùmeno, de la cosa en sí. Y está en la naturaleza humana — Kant lo repite hasta el cansancio — el deseo de atravesar los círculos de la experiencia en procura del nùmeno. Kant muestra una adelantada desesperanza : el nùmeno se escurre de entre las manos como si tuviera la piel mojada.

Un racionalista simple, ingenuo, supondría, con naturalidad, que el entendimiento, volviéndose sobre sí mismo, podría sacar de sus propios conceptos un conocimiento de la cosa en sí. Pero, para Kant, agobiado por meticulosidades críticas, todo lo que tiene el entendimiento en sí, lo tiene para el uso de la experiencia. El entendimiento, en su recto oficio, guarda una juiciosa servidumbre respecto de la intuición : sus conceptos son vacíos, sin intuición. Y no puede referirlos a cosas en sí mismas. Es una fantasía creer que, porque los conceptos del entendimiento son, según su origen, independientes de los sentidos, se pueden aplicar a lo que no está dado en los sentidos. No podemos conocer, con necesidad y universalidad — por lo tanto, *a priori* — sino lo que nuestro propio espíritu crea según sus leyes. Para conocer la cosa en sí debemos crearla. Pero esa es tarea de dioses y no de hombres. Sólo puede hacerlo un espíritu superior, divino, dotado de una poderosa y espontánea intuición intelectual, cuyas representaciones fueran cosas en sí. Pero una intuición semejante nos está prohibida; y nuestras representaciones, por ser nuestras, son sólo fenómenos.

El nùmeno, sin embargo, es para nuestro entendimiento una hipótesis necesaria que tiene un oficio limitativo : sirve para que no atribuyamos nuestro conocimiento a cosas en sí mismas. Es el concepto de nùmeno en sentido negativo.

La hipótesis de cosa en sí no encierra, por otra parte, ninguna contradicción ; aunque para pensarla usamos de nuestras categorías. Negarla, es afirmar una posición idealista que Kant no puede aceptar. Sería suponer, con filosófico egoísmo, que nues-

tras representaciones son las únicas posibles y que el mundo de nuestras representaciones es el único real.

La ontología racionalista se fundaba en la creencia de que se podían aplicar los conceptos del entendimiento a objetos que no están dados en la intuición, de que era posible una teoría del nùmeno en un sentido positivo. Pero con la prolija *Analítica* de Kant se cerraron los caminos de la vieja ontología : la perfección del entendimiento, que tanto había entusiasmado a los racionalistas, era, para Kant, una perfección cerrada. El entendimiento no podía salirse a espacios metafísicos. Debía quedar en su prudente oficio de sol : no podía renunciar a serlo sin entregarse a las fantasías más peligrosas.

#### LA ILUSIÓN METAFÍSICA

Por encima del entendimiento se abre un espacio más amplio y, en apariencia, más libre : la razón. Es la razón la que confiere libertad a los conceptos del entendimiento. Pero es una falsa libertad, una libertad en un perfecto vacío lógico. Allí están libres de la esclavitud respecto de las cosas, pero deben cumplir con la rigurosa esclavitud de un proceso lógico. La razón, apoyándose en los conceptos del entendimiento, por un proceso riguroso y necesario, construye sus propios conceptos : las ideas. Esas ideas son conceptos puros, vacíos. Señalan, en la razón, el ideal del conocimiento. Y lo llevan a su perfecta unidad. Tienen, pues, una función normativa, reguladora. A ellos no corresponde ningún objeto, ni intuición alguna.

Pero del contacto con la necesidad y el rigor dialéctico de la razón ha surgido siempre, en la filosofía, una injustificada confianza en el poder de la razón. Nos representamos, sin duda, como producto necesario del pensamiento, un mundo suprasensible, un mundo de ideas. Pero es una pura representación. Si se atraviesan los límites del pensamiento, si se sale a espacios trascendentes, se cae en la ilusión metafísica, que es un espejismo propio de la razón. Consiste en tomar las ideas como objetos de conocimiento, en conferir existencia a lo que es puramente pensado.

Esa ilusión fué el vicio central del racionalismo. Los racionalistas atribuían existencia a todo lo pensado. Ser y pensar eran idénticos — aunque en sentido distinto del hegeliano — y se conducían según leyes idénticas. Sócrates, que es el iniciador del racionalismo, descubrió, en las profundas aguas del espíritu, conceptos comunes a todos los hombres: rígidos e inalterables objetos. Platón, más arriesgado y menos irónico, dando el paso definitivo del racionalismo, convirtió los conceptos comunes de Sócrates en ideas trascendentes y puso en ellas la máxima realidad. Y bajo su nefasta inspiración se propagó — e infectó la Edad Moderna — el racionalismo de Descartes.

Para Platón, descubríamos y alcanzábamos las ideas por un proceso riguroso del pensamiento: el proceso dialéctico. La razón era, pues, un poderoso instrumento metafísico; porque existía, para Platón como para los racionalistas posteriores, un fácil pasaje entre la breve esfera lógica y la amplia esfera del ser. Kant quiebra ese puente ligero. Investiga en su *Dialéctica* el proceso de elevación racional hasta las ideas; pero da a las ideas un valor muy distinto al que Platón les daba. En las ideas, es cierto, hay una absoluta ausencia de elementos empíricos; pero, mientras Platón suponía en ellas la máxima realidad, existiendo fuera de todo pensamiento, para Kant, en cambio, son sólo productos necesarios de la razón sobre cuya existencia fuera de los límites del pensamiento, no sabemos nada.

La *Dialéctica* de Platón era la ciencia metafísica fundamental: camino seguro y derecho para alcanzar el mundo inteligible. La *Dialéctica* de Kant tiene, sólo, un valor crítico: señalar los fundamentos y los límites de la razón y guardarnos del engaño metafísico. Corre, por eso, un viento trágico por debajo de la prosa plana y seca, y excesivamente demostrativa, de la *Dialéctica*. Hay allí un esencial dramatismo, una absurda dualidad: la metafísica se nos presenta como una necesidad natural y, al mismo tiempo, como motivo del más peligroso de los espejismos intelectuales.

Las ideas son, pues, síntesis abstractas que dan a los conceptos del entendimiento la unidad requerida. Son unidades supremas de la razón que no pueden referirse a objetos de la experiencia, pero que la presentan como determinada por una

absoluta totalidad de condiciones. El oficio de la razón consiste en alcanzar esa totalidad: en su uso lógico refiere siempre un juicio a su condición y busca, luego, la condición de esa condición. Y así hasta el infinito. En su uso trascendental trata de lograr un límite a la infinita serie de las condiciones: lo incondicionado.

Las ideas fundamentales, que Kant deduce de las tres formas del raciocinio, son: el alma, el mundo, Dios. La ilusión trascendental hace que supongamos esos tres principios como existiendo por detrás de la experiencia y, a la experiencia, como un afloramiento sensible de esos principios. Por eso las ideas trascendentales, envueltas en espejismo metafísico, han sido motivo de tres ciencias de pura estirpe racionalista: la psicología, la cosmología y la teología racionales.

Kant demuestra, prolija y rigurosamente, la viciosa falsedad de esas tres ciencias. Su falta de valor se siente en cuanto se ve que es imposible derivar de la idea de alma un dato cualquiera de nuestra experiencia interior; de la idea de mundo nada que se refiera a las cosas, y de la idea de Dios un conocimiento cualquiera. Hay un espacio sordo entre los principios y los hechos que se suponen manifestaciones de esos principios. Y, precisamente, la conciliación de esos dos mundos — racional y sensible — fué uno de los problemas trágicos del racionalismo. El primero que descubre esa brecha filosófica es Parménides. Y el primero que pretende salvarla es Platón, con su hermosa y alta — pero filosóficamente desgraciada — teoría de la participación. Kant demuestra la vanidad de tales afanes.

#### LA PSICOLOGÍA RACIONAL

La psicología racional pretendía conocer la naturaleza absoluta del alma como substancia, pero prescindiendo de toda experiencia, superando toda experiencia. La experiencia nos presenta una mudable, cambiante multiplicidad de representaciones. Pero hay, en el río interior, un elemento de constancia: a cada representación acompaña, en nuestra conciencia, un elemento constante: el *yo pienso*, proposición fundamental de toda

conciencia. Toda representación es siempre *mi* representación. El *yo pienso* es por eso vehículo inevitable de todos los conceptos en general. Contiene la forma de todo juicio en general y acompaña, en la conciencia, a todas las categorías. Es condición esencial del conocimiento, porque conocer, para Kant, es poner una intuición dada en relación con la unidad de la conciencia : con el *yo*.

La psicología racional, apoyándose en esa constancia interior, pretende demostrar que el alma es substancia una y simple que está en relación con objetos en el espacio. Pero el *yo pienso* no es sino una función lógica, una forma vacía. Para conocerme a mí mismo como substancia, es necesario que una intuición le procure materia a esa forma. De ese modo, por el solo análisis del pensamiento en general, no puedo atribuir al *yo* los predicados que le atribuye la psicología racional : inmaterialidad, incorruptibilidad, espiritualidad, personalidad, comercio con cuerpos. Esos predicados se atribuyen a una idea vacía porque se hace un vicioso y escondido empleo de las categorías :

1° En todo juicio soy el sujeto determinante de la relación. Eso no significa que yo, como objeto, sea un ser subsistente por mí mismo, que sea substancia. La *Analítica* demuestra que la categoría de substancia sólo se aplica a intuiciones del sentido exterior;

2° El *yo* de la apercepción es en todo pensamiento un singular. De aquí no resulta que sea substancia simple ;

3° A través de la multiplicidad de mi conciencia soy idéntico a mí mismo. Eso no permite afirmar que lo sea, considerado como objeto ;

4° Distingo mi existencia, como ser pensante, de las otras cosas fuera de mí. De allí no se deduce que esa conciencia de mí mismo fuera posible sin cosas fuera de mí, por las que me son dadas representaciones. Es imposible afirmar que yo pueda existir sólo como ser pensante.

En todos estos casos la psicología racional pretende sacar de afirmaciones puramente gnoseológicas, conclusiones de carácter ontológico. Sus proposiciones son sintéticas. Pero, como Kant lo ha probado, ningún conocimiento sintético es posible sino aplicado a la experiencia. Y del alma no tenemos ninguna experiencia.

La psicología racional se funda en un falso razonamiento en el que la idea de sujeto se toma, en las premisas, en dos sentidos absolutamente distintos. En un caso se refiere a la forma general del pensamiento; en el otro, al sujeto como entidad existente por sí misma, como objeto, como substancia. En ese paralogismo hay una transposición metafísica que es fruto inevitable de la ilusión trascendental. Me pienso a mí mismo para una experiencia posible, pero haciendo abstracción de toda experiencia real, y me parece posible tener conocimiento de mí mismo fuera de la experiencia y de sus condiciones empíricas, lo que es imposible.

Según Kant, no se puede afirmar el espiritualismo, pero tampoco se puede afirmar el materialismo. Le espanta toda dualidad ontológica. Se detiene, con modestia, en una dualidad gnoseológica. No habla de un mundo corporal y de un mundo espiritual como el racionalismo; se limita a afirmar una diferencia entre el sentido interior y el sentido exterior, cuya conciliación, sin proyecciones metafísicas, es problema de la psicología.

El fin último del conocimiento psicológico es la unidad absoluta de todas las funciones espirituales representada por la idea de alma. El alma, principio regulador, es de una heroica inutilidad para la psicología. Por eso, la psicología racional ignoraba a la verdadera psicología.

#### LA COSMOLOGÍA RACIONAL

Mientras en la psicología racional la ilusión metafísica nos lleva a la afirmación del alma como substancia, sin que se pueda afirmar un concepto opuesto, algo distinto ocurre en la cosmología racional. Si la ilusión psicológica es ilusión por un solo lado, la ilusión cosmológica lo es por dos: llega a toda clase de afirmaciones contradictorias. A cada afirmación le nace, en el pensamiento, la afirmación opuesta. De la tesis sale la antítesis y se destruyen con rigor mutuo. En eso consisten las antinomias de la razón pura, el más apasionante de los temas de la *Dialéctica*. Parece que la inteligencia al ascender por sí misma, dejando la servidumbre de las cosas, sin peso de experiencia, se traicionara y se destruyera a sí misma. Ante ese es-

pectáculo de las antinomias sólo dos posiciones parecen posibles : una posición cerrada, dogmática, sin oídos para la otra parte ; o una posición escéptica de elegante desinterés. Ese magnífico juego dialéctico de las antinomias puede entusiasmar en un principio, porque no hay vicio sin excelencia. Pero, después, se le descubre un fondo de tragedia : se trata de un juego doloroso e inevitable, porque la esencia misma del pensamiento es antinómica.

Cuatro son las determinaciones fundamentales de la cosmología, cuya tabla hace Kant a semejanza de la tabla de las categorías :

1ª Todo espacio y todo tiempo están limitados por el espacio que los rodea o por el tiempo que les antecede. La razón, por propio movimiento, busca la idea de la absoluta totalidad del fenómeno en el espacio y en el tiempo ;

2ª La materia, la realidad en el espacio es un condicionado compuesto de partes. La razón busca un límite de la divisibilidad de la materia : alcanza la idea de lo simple ;

3ª Todo fenómeno es efecto de alguna causa. La razón, elevándose de lo condicionado en busca de la totalidad incondicionada, llega a la idea de una causa libre ;

4ª Todo fenómeno aparece en un comercio de dependencia recíproca con los otros fenómenos. La razón, en su afán de totalidad, concibe la idea de un ser necesario e incondicionado.

Esos cuatro conceptos cósmicos deben ser considerados como conceptos de una totalidad de condiciones. Pero la ilusión metafísica hace que los consideremos como objetos cognoscibles. Se habla entonces de la magnitud del mundo, de la divisibilidad de la materia, de la causalidad libre, del ser necesario, como si fueran objetos captados por intuición. Afirmados con absolutismo, esos conceptos, surgen inevitablemente, con igual evidencia, los conceptos opuestos ; por lo que el mundo parece tener propiedades contradictorias, lo que es absurdo. La *Dialéctica* demuestra, aunque no con el rigor con que Kant pretendía, que se puede afirmar del mundo y demostrarlo, parejamente, que es limitado o que no lo es, que está compuesto de átomos o que no lo está, que en el mundo reina una absoluta libertad o una determinación absoluta, que existe o no existe un ser necesario.

En la esquemática tabla de antinomias de Kant se ven, en trágico contrapunto, las teorías metafísicas fundamentales. Esos mismos problemas que Kant plantea en las antinomias, están vivos y apasionantes en la historia del pensamiento, como objetos de disputas intelectuales. En la historia de la filosofía se encuentran las antinomias vivas. La finitud, por ejemplo, fué el concepto fundamental de la metafísica antigua. Finitud e inmutabilidad. El orden del mundo era para los antiguos metafísicos una superación del apeirón, un fruto de la limitación. Todo suceder se realizaba en movimiento circular; todo ser tenía por modelo la esfera. El horror al infinito alienta en las aporías de Zenón. Y cuando prosperan los sistemas dualistas de Platón y de Aristóteles la infinitud cae del lado del no ser; la idea, la forma, el límite es la esencia propia del ser. El cosmos era limitación y así lo entendió la astronomía durante dos mil años. En cambio, al final de la Antigüedad, el mundo parece agrandarse. Surge una nueva concepción del infinito: el infinito como absoluta perfección, en Plotino. Aparece una estimación por la infinitud que la Antigüedad no había conocido, y que se repite y amplifica por voces cristianas: la infinitud es una de las perfecciones de Dios. Ese concepto de infinitud irrumpe en la edad moderna y se difunde en la filosofía y la ciencia modernas hasta estallar en delirios y arrebatos brutales con Fichte y Schelling. Kant joven, impresionado por la mecánica de Newton, fué uno de los defensores ardorosos de la infinitud.

El atomismo tiene también una ilustre historia, y el mérito de ser una de las hipótesis fundamentales de la ciencia moderna. En la filosofía griega, sin embargo, tenemos el interesante espectáculo de la oposición entre dos concepciones distintas del ser del mundo: Parménides, lleno de fervor lógico, pensándolo como uno; y Demócrito pensando una infinita pluralidad. El atomismo fué muy combatido en Grecia y, desde entonces, la lucha no ha cesado; persiste todavía, después de Kant, y a pesar de Kant.

Pero la oposición más formidable y más apasionante es la que aparece en la tercera antinomia, entre libertad y determinismo. El mundo parece determinado por leyes rigurosas. Pero toda la filosofía anterior a Kant hizo esfuerzos enormes para salvar la

libertad porque constituye el postulado fundamental de la ética. Uno de los resultados de ese afán ha sido una teoría filosófica de singular importancia que tiene todavía algo más que sabor de historia: la coincidencia de los opuestos. Trayendo una larga historia a través del cristianismo, de la escolástica y de la mística, encuentra su más hermosa expresión en la filosofía de Espinoza. De ese modo se quería conciliar el espíritu teórico con el práctico. El racionalismo luchó, desde Grecia, por esa conciliación con el trágico entusiasmo de quien está resolviendo el porvenir y la ley del mundo. Kant quiebra todos esos esfuerzos, sin disminuir el drama, al presentar en una fría tabla de antinomias los pobres, los estériles, los contradictorios frutos del pensamiento.

De todo esto, resulta que el alcance de la razón no está de acuerdo con la tarea que la ilusión trascendental le atribuye. Las ideas resultan demasiado grandes o demasiado pequeñas. Por una parte el entendimiento se queda siempre de este lado de la síntesis total que la razón exige; y, por su parte, la razón pretende agotar todos los límites y todos los términos finitos. Al desequilibrio entre los medios del entendimiento y las pretensiones de la razón es necesario atribuir la contradicción de las ideas cosmológicas. En este conflicto, la mejor parte está del lado del entendimiento que permanece seguro, sin riesgo, en los límites de la experiencia. La razón, en cambio, crea un mundo inteligible, absolutamente extranjero al entendimiento. El razonamiento cosmológico reposa, para Kant, en un sofisma. Bajo las mismas palabras, razón y entendimiento comprenden cosas distintas. Las antinomias se resuelven dando a cada cual su parte y mostrando que la oposición es efecto vicioso de la ilusión trascendental.

Las dos primeras antinomias, que son antinomias matemáticas, se resuelven de acuerdo a la *Estética trascendental*. El mundo y la materia como cosas en sí son puras ideas. El mundo no puede ser captado en una sola intuición. Nuestras intuiciones son sucesivas en el tiempo. Lo simple tampoco puede ser objeto de intuición porque siempre es dado en un espacio divisible. No se puede afirmar, por lo tanto, que el mundo sea finito o infinito o que esté compuesto de partes simples.

Las dos últimas antinomias, las antinomias dinámicas, tienen una solución distinta que es de gran importancia para la ética kantiana. La necesidad pertenece al fenómeno y la libertad al núneno. Muchas acciones humanas, que para nuestro entendimiento entran en el orden natural, tienen sin embargo una causa libre en el orden del núneno. Como fenómeno, el hombre está sometido a la ley de encadenamiento necesario; pero como núneno, puede iniciar por sí mismo una acción. La tesis y la antítesis son verdaderas, pero desde dos puntos de mira distintos. Esa dualidad — teoría y práctica — la encontramos en cada uno de nosotros, y en rigor resulta sólo una consideración teórica. Pasamos continuamente sin dolor, como si no hubiera separación, de lo teórico a lo práctico. Pero en la consideración teórica de nosotros mismos hacemos de esas funciones objetos separados, limitados, inconciliables.

La cuarta antinomia se resuelve de modo semejante. El ser necesario pertenece al mundo inteligible, está fuera de la serie de los seres sensibles. A ese concepto ¿corresponde algún objeto real? La tendencia natural del espíritu es referir la existencia de los fenómenos a una existencia incondicionada. Kant discute la legitimidad de esa tendencia en la última parte de la *Dialéctica*.

#### LA TEOLOGÍA RACIONAL

La razón, en ascenciones sucesivas, pretende alcanzar la unidad de todas las unidades, la idea máxima. Ese ideal de la razón pura no se concibe como una generalidad sino como un individuo: es la idea de lo absoluto incondicionado, es Dios.

Con referencia a ella, concebimos los atributos de las cosas como si contuvieran la materia de donde se sacan todos los predicados posibles. Concebimos a Dios uno y simple, suprema realidad, llevando en sí sus propias determinaciones.

Pero la idea de Dios no puede considerarse como un objeto. Kant repite, una vez más, que nos falta una intuición intelectual. Como idea es fruto riguroso del pensamiento; como objeto es una pura ficción. Y con todo, y a pesar de todo, una tendencia nos mueve a buscar reposo, placidez intelectual, en esferas

tan rarificadas, y nos lleva a proyectar nuestra idea de un ser necesario más allá de los límites del pensamiento, sobre el fondo de una existencia suprasensible. A falta de evidencias intuitivas construimos argumentos abstractos, falsas demostraciones, como para aplacar nuestro afán metafísico. Tres son las pruebas de la existencia de Dios que la *Crítica* deshace cuidadosamente. La ilusión trascendental, por la que atribuimos ser a lo que es puramente pensado, es el vicio interior de los tres argumentos.

La célebre prueba ontológica de San Anselmo, renovada por Descartes, deduce la existencia de Dios de la simple idea de ser perfecto: el ser perfecto posee todas las perfecciones; la existencia es una perfección; por lo tanto, Dios existe. Pero la existencia no es un atributo lógico y no se puede alcanzar por juicios analíticos. Se le atribuya o no existencia, el concepto de Dios no pierde por eso ninguno de sus atributos. La existencia es una determinación del entendimiento respecto de una intuición que le es dada. La existencia de Dios es posible, nada se opone a ello. Pero sólo en la síntesis de la experiencia podemos determinar con certeza si la posibilidad lógica es real. No tenemos ninguna intuición de Dios, por lo tanto no podemos afirmar su existencia. La ilusión trascendental hace que consideremos como real lo que sólo es posible.

El argumento cosmológico afirma que, si algo existe, debe existir también un ser absolutamente necesario. Yo existo. Por lo tanto un ser absolutamente necesario existe. Ese ser es absolutamente real, es pues al mismo tiempo el ser perfecto.

El argumento tiene dos partes. En la primera, se abusa del principio de causalidad queriendo superar con él el mundo sensible al que sólo puede aplicarse con legitimidad. De lo finito no se puede concluir lo infinito; de causas condicionadas, causas incondicionadas. Pero la segunda parte es sólo disfraz sofisticado del argumento ontológico. Si invertimos la proposición *Todo ser necesario es perfecto*, tenemos *Todo ser perfecto es necesario*, es decir, la tesis del argumento ontológico.

El tercer argumento, popular y antiguo, puede reducirse al segundo y, en consecuencia, al primero. De la perfección, de la armonía, de la ordenación natural, se deduce la existencia de un

ordenador inteligente. Se trata a la naturaleza — con horrible proceder antropomórfico — como una obra de arte. Pero este argumento no alcanza sus propósitos. Se queda corto. Afirma sólo una especie de Dios ordenador, arquitecto. Si se supone que ese Dios ordenador es el ser perfecto, el argumento físico-teológico se convierte en argumento ontológico.

Así llega la crítica de Kant a conclusiones negativas. No se puede afirmar la existencia de Dios, y menos se puede probarla especulativamente. Dios es una idea a la que le brotan toda clase de espejismos, pero sólo una idea. Por su función reguladora se unifica el conocimiento. Es la hipótesis que confiere a las ideas su más alta unidad; hipótesis de gran valor porque todo pasa en la experiencia, como si las relaciones entre los fenómenos derivaran de una causa necesaria y absoluta. Pero la existencia real de esa causa es inalcanzable especulativamente. A la razón práctica le está confiada la afirmación de Dios. La afirmación, pero no la prueba.

#### PERSPECTIVAS FINALES

Kant mató el racionalismo. La razón estaba abierta, para los racionalistas anteriores a Kant, a espacios metafísicos. Para Kant permanece en encierro, vacío y absoluto, dentro de su propio cielo, de sus propios límites. Y Kant, sin embargo, es la perfecta fruición del racionalismo. Por eso, árbitro severo, aparece en la historia del pensamiento en situación privilegiada, como separando las aguas de la filosofía. Su crítica es, al mismo tiempo, un producto demasiado maduro y excelente de la Edad Moderna — época toda penetrada de racionalismo — y una demostrativa enunciación de nuevas sendas: de las manos de Kant parten sendas irracionales y románticas.

El racionalismo era teóricamente demasiado perfecto para ser una filosofía amplia. Sacaba su perfección de su abstracta estrechez. Los racionalistas, exactos en su fantasía, negaban todo lo que quedara fuera de los recintos racionales. Había por eso, en el fondo de todo el racionalismo, un espíritu de reforma y de utopía. La razón y sus frutos perfectos, las matemáticas, eran

ideales indiscutidos. Todo lo que no fuera racional o matemático debía ser reducido a razón. Era una filosofía absoluta, imperial. Pero había en Kant, junto al rigor del racionalismo, un rigor mucho más ceñido: el rigor pietista. Desde la Antigüedad, desde Sócrates, el racionalismo quiso reducir la actividad moral a una pura actividad intelectual. La virtud era sabiduría. Se identificaba el bien con la verdad. En Kant se rebela el luterano. Quiso devolver su autonomía a la voluntad. La voluntad es, para él, libre y autónoma; no sigue el camino del intelecto: tiene su propio camino. El intelecto nos esclaviza a la naturaleza. La voluntad nos emancipa. Si la inteligencia nos presentara claramente los fines de nuestra acción, nuestra acción tendría algo de interesada. Para que la voluntad conserve su pureza, su dignidad — la dignidad pietista — es necesario que ella señale su propia ley y sus propios fines. Toda la lucha, en la *Dialéctica*, contra las pruebas de la existencia de Dios, tiene ese sentido de elevación y de dignificación ética: obrar al servicio de un Dios demostrando teóricamente, es negar la espontánea determinación de la voluntad. Dios, el alma inmortal, la libre determinación son para Kant, especies de tabús filosóficos: no pueden ser tocados especulativamente.

El afán de rigorismo ético llevó a Kant a descubrir los límites de la razón. Y, enamorado de la exactitud, no pudo menos que revelarlos cuidadosamente. Kant publicó el fracaso del prodigioso intento racionalista: la metafísica como ciencia. Después de Kant y de la barbarie romántica, aparece una nueva y más difícil consideración de la metafísica; pero no ya como teoría, sino como vida. Es la mejor consecuencia de la filosofía crítica.

ANÍBAL SÁNCHEZ REULET.

Diciembre de 1930.